EN EL CENTENARIO DE DON ELIAS TORMO

POR

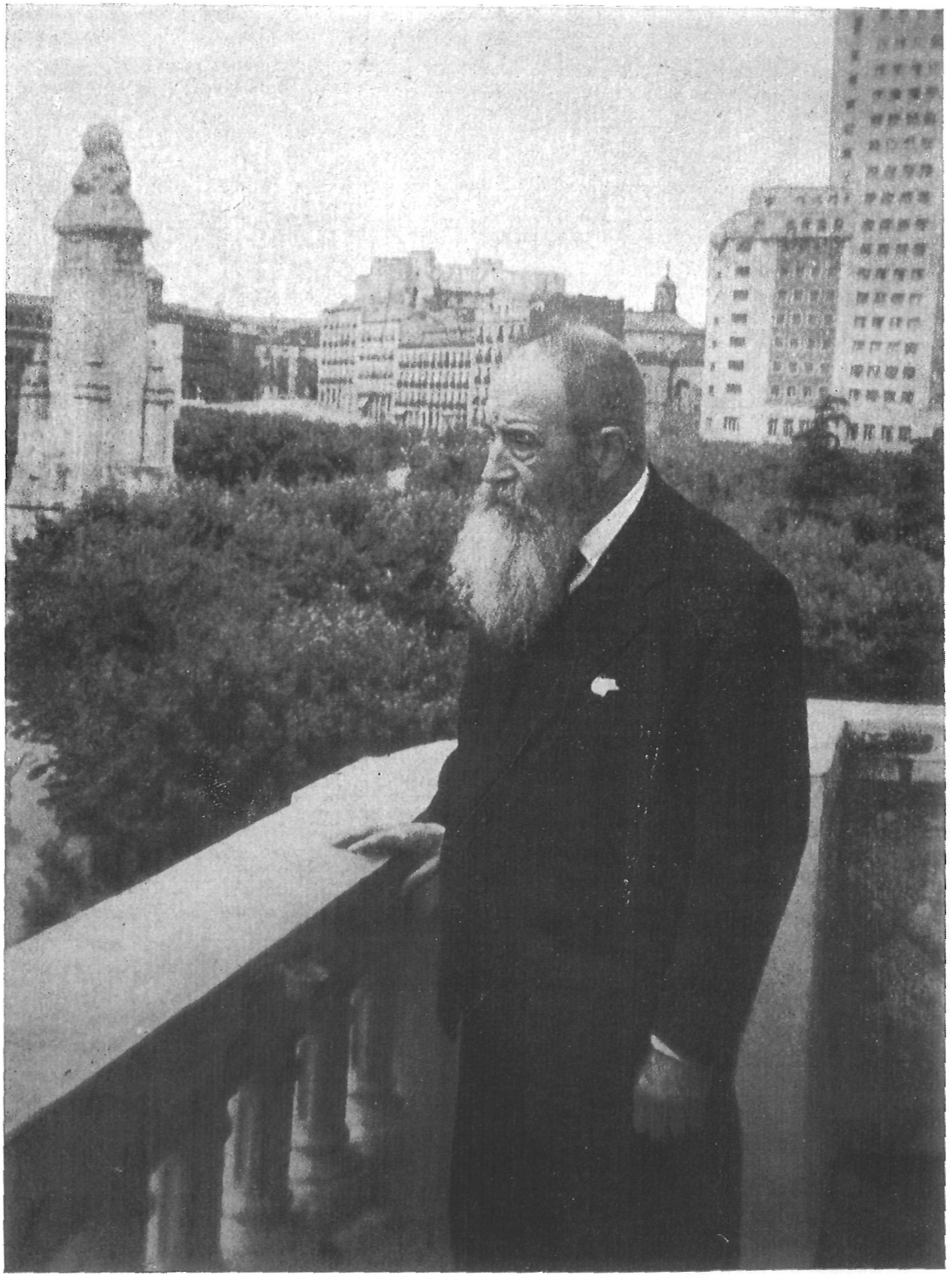
ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

CON los años se produce en los humanos un efecto de aceleración en la apreciación subjetiva del tiempo, en contraste con la más reposada andadura con que pasan los días en la época de la juventud. Digo esto porque me parece que fue ayer cuando, con un tiempo frío y desapacible de diciembre de 1957, ya próximas las Navidades, acompañamos a su última morada los restos mortales de mi querido maestro D. Elías Tormo, miembro ilustre de esta Corporación. Casi doce años han pasado; hoy nos corresponde celebrar nuestra reglamentaria sesión de los lunes en este 23 de junio de 1969, día en que se cumple el centenario del nacimiento del Maestro (1). Centenario, estuvo a punto de serlo D. Ramón Menéndez

(1) Sin propósito de hacer descripción biográfica y remitiéndome a la necrología de Sánchez Cantón para las fechas capitales y los pasos importantes de su carrera, me limitaré a decir que D. Elías Tormo nació en Albaida el año 1869, en la casa de la calle Nueva, núm. 6. Su familia era de hombres y mujeres muy laboriosos y activos, ligados a la pequeña industria (alcoholes, cera), con padre influyente en el ámbito local y aficionado a la política. Siempre los Tormo vivieron muy unidos; con ocasión del nacimiento de su hermana Consuelo fue a vivir D. Elías, entonces de seis años, a casa de su tío Juan, próxima a la de sus padres. y en casa de su tío se quedó para siempre. Su tío Juan, soltero, acomodado, se aficionó al sobrino serio y estudioso y fue como su segundo padre, encargándose de su educación y dejándole por heredero. Tanto los padres como sus tíos tuvieron ilusión en las dotes intelectuales del joven Elías, esperando de él una carrera brillante y, a ser posible, un porvenir político; pronto se confirmaron estas esperanzas. En Madrid estrechó relaciones con su paisano, brillante abogado y de dilatado previsible porvenir político, Marcelo Cervino (de igual nombre y apellidos que el Papa Marcelo II), pasante luego de Gamazo. Su padre había sido magistrado de prestigio con aficiones literarias. Mantuvieron íntima amistad, afianzada en el estudio y la colaboración, y sobre todo con el matrimonio de D. Elías con Dolores, la hermana de Marcelo. Por Cervino y Gamazo, Tormo entró en relación con D. Antonio Maura, quien supo apreciar la vasta cultura y la tremenda laboriosidad de Tormo, que vino a ser pasante del ilustre político en su bufete y luego profesor de sus hijos, que estudiaron con él las asignaturas de Derecho. Lo recordaba D. Gabriel Maura cuando, muchos años después, hubo de contestar al discurso de ingreso de D. Elías, su antiguo maestro en la Academia de la Historia; el discurso de Tormo versó sobre «Los Jerónimos» (1919). Conoció Tormo, pues, desde dentro, por esta relación con los

Pidal, y, en el curso próximo, Dios mediante, habremos de celebrar el de D. Manuel Gómez Moreno. No es importuna la asociación de estos tres nombres porque, a más de la coetaneidad y la amistad que los unió, ellos compartieron tareas comunes en la fundación del Centro de Estudios Históricos, al que tanto debimos sus discípulos, y que inició con ejemplar y modesta eficacia, no siempre reconocidas por sus enemigos, la renovación de la historia de la lengua, la literatura y el arte en España.

Maura, los entresijos de la política española de su tiempo y algunos interesantísimos detalles que explicaban o aludían a hechos importantes de la historia contemporánea, no siempre registrados en las crónicas o en los libros, le oí de sus labios muchas veces. De su desdén por la vanidad de los honores puede hablar el hecho de que después de una larga historia de catedrático, diputado y senador y aun académico, a sus cincuenta años, en 1919, al entrar en la Academia de la Historia no tenía condecoración alguna, tan prodigadas siempre en España y no siempre a gentes que lo merezcan. Lo recordaba el propio Gabriel Maura en el mentado discurso. No sabían muchos que D. Elías había hecho oposiciones a cátedras de Derecho y había ganado algunas, que renunció para dedicarse de lleno a su vocación histórico-artística. Conocedor de los secretos mayores o menores de la política y de los personajes que en ella intervinieron en el reinado de D. Alfonso XIII, hubiera bastado que hubiera puesto por escrito sus recuerdos —esos recuerdos que le brotaban en relatos infinitos en los viajes y excursiones con discípulos y alumnos— para que hubieran resultado unas memorias interesantísimas. Ya jubilado, en sus últimos años, redactó y publicó unas *Confesiones filosóficas*, libro original y raro que, con todo, hubiera sido superado en interés por las memorias de su vida de español, de profesor y de político. Es verdad que todavía, en los finales años en que conservó la memoria —extraordinaria toda su vida, excepto en la rápida etapa última en que la arterioesclerosis destruyó enteramente aquel prodigioso archivo de su cerebro—, inició, en alguno de sus caros cuadernitos de bolsillo, fragmentarios relatos que, unidos, podrían construir unos *Recuerdos de infancia y juventud*, que escribía —decía él— para sus nietos. Hojeados por mí, gracias a su nieta mayor Lola Yturralde, algo he podido aprovechar de ellos. Por ejemplo, sus más remotas memorias se remontaban a 1875 y a incidentes de la guerra civil en Albaida, su pueblo. En el ambiente de Valencia de su tiempo, con una gran actividad izquierdista y republicana, y en sus años universitarios, arraigaron sus sentimientos religiosos que le llevaron a actividades públicas en las Juventudes Católicas, en las que pronunció conferencias todavía en sus tiempos estudiante. De su independencia es prueba el hecho de afirmar sus convicciones sin rebozo en las aulas universitarias al ser «preguntado» por profesores de ideas avanzadas que interpretaban el Derecho o la Historia con arreglo a ellas. Pero esta misma valentía al exponer sus ideas le hacían al propio tiempo generoso y liberal en el respeto de las ideas ajenas, ya que él usaba de esa libertad para afirmar las suyas. Católico y aun devoto, no fue nunca intolerante ni reaccionario y se preció siempre de ser amigo de muchas ilustres personas, profesores o no, de ideas muy opuestas a las suyas, haciendo justicia a los talentos y a las virtudes de quienes hartas veces distaban de su posición política o religiosa. Yo sé de su excelente amistad y del respeto que tenía por Cossío, Azcárate, Bolívar o Besteiro para no citar sino unos cuantos nombres de los que me consta lo que digo. Prueba escrita de ello puede tener quien



Retrato de D. Elías Tormo.

DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ
Retrato de D. Elías Tormo.

No es posible dejar de asociar estos nombres al grupo humano más amplio al que pertenecieron en nuestro país: la llamada generación del 98. Pues se olvida a veces que esa generación no consiste solamente, como algunos quisieron con intento minimizador, en un puñado de escritores, de creadores literarios, dispersos y de muy varia condición personal. No se entendería el papel histórico de esa generación sin tener en cuenta el amplio campo que cubrió no sólo en las letras, sino en la historia, el arte o la ciencia. Pues, por encima de todo lo episódico, esa generación tuvo afinidades evidentes y fines comunes; su afán era poner España al día, alcanzar el nivel digno que el tiempo exigía en las respectivas actividades, y profundizar, dejando de lado superficiales y gastados tópicos, en la indagación de España. Don Elías Tormo entra de lleno, como sus compañeros del Centro de Estudios Históricos, en la circunstancia histórica que

---

lea el elogio sincero que hizo de D. Gumersindo de Azcárate al sucederle en la Academia de la Historia; hablando de él escribía: «Gran virtud del maestro... la tolerancia.» Tormo la practicó siempre, hasta sus últimos años, incluso tras la guerra civil del 36 al 39, que le hizo perder a su hijo Germán, muerto injustamente en Madrid sólo por ser hijo de un ex ministro monárquico. En un bombardeo sobre Valladolid perdió también a su yerno, esposo de su hija Adelina, que dejó huérfanos a sus seis hijos. Otros ocho nietos tuvo D. Elías de sus hijos Antonio y Germán. Viudo muy joven, al dar a luz su esposa al séptimo de sus hijos, D. Elías Tormo permaneció en ese estado, erigiendo en cabeza de su casa y como madre de sus hermanos menores a su hija mayor, Constanza, que en 1931 profesó monja Carmelita, con gran contrariedad de su padre que tanto necesitaba de ella para regir su familia. Su hija menor, Teresa, profesó también Carmelita años después.

Don Elías vivió vida ascética, casi de monje, hasta el fin de sus días, distrayendo con el trabajo sus amarguras y su pesimismo respecto al porvenir de España, que la historia posterior confirmó. Madrugador extremado, al despertar rezaba los Salmos penitenciales que llevaba transcritos en el cuadernito en que incluyó las notas biográficas a que me he referido y que debió de comenzar durante su estancia en una clínica de San Sebastián donde sufrió una intervención quirúrgica poco después de terminada la guerra civil española. Copió en él también poesías espirituales o íntimas de poetas dilectos: Fray Luis de León, Fray Juan de la Cruz, Lope de Vega, Juan López de Ubeda, Fray Pedro de los Reyes y también de Francisco Gregorio de Salas, Moratín, Aureliano Fernández Guerra, Gabriel y Galán y el Padre Mir. La última fecha que leo en el cuadernito es la de 1951. Después de su accidente en este año (caída en la nieve en una madrugada de invierno, con rotura de fémur) su pérdida paulatina de la memoria, que acabó por ser, lastimosamente, casi total y doblemente dolorosa en él por haberla tenido tan feliz; fue cesando su actividad intelectual, sus escritos, sus conferencias del Prado... Vigoroso su cuerpo, su vida se dilató bastante más de los ochenta años de los que, como él me dijo tantas veces, pedía a Dios no fuera prolongada.

asumió aquella generación. Don Elías, catedrático de Arte desde 1902 y ya en Madrid desde 1904 a 1936 (2), fue, juntamente con D. Manuel

(2) Aparte el inédito cuadernito ya mencionado, las fuentes para la biografía de D. Elías Tormo están, a más de la excelente necrología de Sánchez Cantón en el *Boletín* de la Academia de la Historia, en las contestaciones a los discursos de ingreso en las dos Academias a que perteneció (Bellas Artes e Historia); hay que tener en cuenta también el prólogo-dedicatoria a su entrañable amigo y cuñado Marcelo Cervino en el libro —anunciado como primer tomo de una serie no continuada— *Varios estudios de Artes y Letras* (Madrid, 1902), prólogo en el que recuerda circunstancias de su formación y su juventud, así como el breve prólogo con datos autobiográficos que puso al tomo misceláneo de estudios suyos dispersos que, con el título de *Pintura, escultura y arquitectura en España,* publicó, en homenaje al maestro, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1949 y del que poseo ejemplar cariñosamente dedicado por D. Elías. Nos dice allí después de frases de auténtica modestia, al evocar el Centro de Estudios Históricos y la fundación de su sección de arte y exaltar la figura de Gómez Moreno, por quien sintió siempre constante admiración, cómo él, estudiante llamado al Derecho y a la política, comenzó a sentir incipientemente la llamada estética a través del arte religioso de su región natal y luego, ya estudiante en Madrid, a través de la música. Frecuentador asiduo del Museo del Prado, en el que tantas veces, después, se haría oír su docta palabra, fueron los pintores de Venecia los que primero le atrajeron, en sus cursos de Madrid, desde el doctorado. Su camino parecía ser otro: opositor a cátedras de Derecho político, administrativo o Derecho Natural, llegó a ser catedrático de esta materia en Santiago, en 1898, cátedra que renunció por no permitirse entonces la excedencia al catedrático recién ingresado. En realidad su vocación por las artes se había arraigado visitando y estudiando la famosa Exposición Histórico-Artística del Centenario del Descubrimiento de América en el Madrid de 1892, de la que hizo minuciosos apuntes descriptivos e inéditos en colaboración con Marcelo y Dolores Cervino, que había después de ser su esposa. Seguía pensando en nuevas oposiciones a Derecho cuando se crearon, por iniciativa de D. Antonio Sánchez Moguel, decano y dictador entonces de las humanidades en la Universidad de Madrid, cuatro cátedras con el extraño título de «Teoría de la literatura y de las Artes» en Madrid, Barcelona, Salamanca y Granada. Don Elías sintió la llamada porque su afición al arte se había desarrollado no sólo con el estudio, sino con largos viajes por España, Francia e Italia. Las brillantes oposiciones dieron entrada en el escalafón universitario a cuatro ilustres personalidades de fisonomía muy diversa, pero valiosas todas: D. Andrés Ovejero, que obtuvo el número uno y fue catedrático en Madrid; y en los otros puestos D. José Jordán de Urríes y Azara, distinguido luego en los estudios estéticos; D. Elías Tormo, que fue catedrático en Salamanca, y D. Adolfo Bonilla y San Martín, el discípulo de Menéndez Pelayo que con muy varios talentos iba después a seguir las huellas de su maestro distinguiéndose en la investigación literaria, aunque cultivó muchas otras disciplinas. Don Elías dejó por entonces la cátedra por la política al ser elegido diputado por Albaida; fue luego senador y practicó la abogacía en los bufetes de Gamazo y Maura. No obstante, pudo más en él la Historia del Arte, camino seguido ya sin titubeos desde que en 1904 obtuvo por concurso la cátedra de Historia del Arte del Doctorado en la Facultad de Madrid. Profesor activo, con vocación de maestro, más que atesorador de erudiciones sofisticadas, aunque muy dado a la investigación personal, fue sobre todo gustoso transmisor de su sabiduría en innumerables cursos, conferencias y excursiones. Don Elías investigaba para comunicar sus hallazgos o averi-

Gómez Moreno, quien puso los cimientos de una posible historia del arte español, imposible de pensar antes de ellos dos (3).

No voy a hacer una biografía de D. Elías Tormo. Los fundamentos para escribirla fueron sentados con objetividad y precisión en la necrología que nuestro Director, el Sr. Sánchez Cantón, publicó en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia. A este trabajo me remito. Yo sólo

---

guaciones, sus observaciones y las conexiones de su observación. Era el suyo un saber preferentemente hablado; por ello sus escritos cobran todo su valor si se los lee en voz alta. Exagerando un tanto, D. Elías dice de sí mismo: «Leer, en mi vida, ha sido siempre poco, en cuanto a teoría e historia del arte se refiere, muy poco; cuando lo de *ver* ha sido mucho, muy mucho. Y discurrir de ello y el autodiscurrir de ello es pan nuestro de cada día; discurriendo en los trenes, en los buques, en las carreteras (incluso andándolas, a falta de otro medio de redondearme el día excursionista)». Era cierto esto último. Las notas autobiográficas del prólogo que aquí resumo están fechadas el 11 de junio de 1947.

A su muerte yo tracé de él dos rápidas y afectivas siluetas: una en la necrología que leí en esta Corporación (publicada con alguna mutilación en la revista ACADEMIA, 1957) y otra a los pocos días de su fallecimiento, en el diario *A B C*.

(3) No es que deje de haber contribuciones notables a la historia del arte en los eruditos del siglo XIX, pero en gran parte están taradas por un lastre literario romántico y por un método de exposición verbalista, plagado de tópicos y escasamente atento a las comparaciones, las conexiones y la concreta fundamentación documental. Aun con su arbitrario criterio en la selección de los materiales y su descriptivismo pintoresco, útiles fueron los libros nacidos del impulso romántico si pensamos en los *Recuerdos y bellezas de España*, iniciados por Quadrado y Piferrer. De 1848, en que comenzaron a aparecer, hasta la publicación de *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*, reedición y continuación de la obra anterior por otra generación de eruditos, van cerca de cuarenta años. Las aparatosas colecciones de los Monumentos Arquitectónicos de España (comenzados en 1859) y el Museo Español de Antigüedades (iniciado en 1872), juzgadas ambas duramente por Tormo a causa de su disertos y oratorios textos, poco rigurosos, carecen de esa base de encuadramiento conceptual metódico e histórico en que sólo puede apoyarse una historia del arte digna de llamarse tal. Pues se trataba de monumentos o piezas estudiados individual e inconexamente en ambos casos por diversos autores antes de tener una visión de conjunto que pudiera servir de fundamento a estas disertaciones aisladas. Los intentos de abordar la historia de nuestras artes en conjunto (la Pintura, con Pi y Margall, 1851; la Arquitectura, con Caveda, 1848, y la Escultura, tardíamente, con Araujo, 1885) carecían de base documental y de suficiente información visual directa. Vino después, reanudándose la tradición del XVIII (Cean, por ejemplo), la etapa de publicación de documentos que pareció ser tarea primordial del historiador del arte español hasta bien entrado el siglo XX. La originalidad y el avance que los trabajos de D. Elías Tormo suponían consistió en ir directamente a la visión, *in situ* o en los museos, de las obras de arte, es decir, en la observación y comparación de primera mano de las producciones de los artistas y en el intento de síntesis más o menos provisionales, pero que permitieran el establecimiento de un marco general o andamiaje para la edificación de la historia futura. Esta vocación, muy tem-

quisiera hoy, como homenaje de centenario, recordar algunos perfiles de la fuerte y original figura de mi maestro, acaso los que más pueden dar la medida de su valiosa singularidad humana.

Distinguió a su generación —y él sobresalió en esa vía— un fuerte impulso ético de dignificación de la vida nacional, un afán de orden, in-

---

prana en D. Elías, se manifiesta ya en los trabajos incluidos en sus *Varios estudios de Artes y Letras*, publicación de la que, como se ha dicho, sólo apareció el tomo primero; en ese volumen son especialmente notables su panorama de la pintura española del siglo XVI o su intento de lograr un esboza de la cronología de la obra de Goya, estudios verdaderamente precursores de esta nueva manera de abordar la historia del arte español. El libro se publicó en 1902. Intento de síntesis es también el manualito del editor Gili *La escultura antigua y moderna* (de 1902 también). Después hubo una larga serie de años en los que Tormo alterna estudios monográficos muy concretos con síntesis de capítulos más o menos parciales del arte de nuestro país. Es de notar que, con paciencia de benedictino y espíritu de deber, a D. Elías le atraían singularmente —y él lo confesaba— los trabajos «que a nadie iban a atraer», es decir, las tareas de recapitulación, colación y estudios de series que por poco brillantes no creía fuesen abordados por otros estudiosos; estos son los orígenes de sus publicaciones sobre *Las series icónicas de los Reyes de España* (1917) o sobre *Las Descalzas Reales* (1917-1945). Del mismo modo, consciente de la falta de monografías sobre artistas españoles las abordó cuando a muchos les retraía de publicarlas la falta de estudios o tanteos previos. A D. Elías, sabedor de las limitaciones o posibles fallos de una síntesis prematura, no le arredró este trabajo y pudo ofrecernos estudios que ojalá hubieran prodigado otros historiadores. Aludiré a sus monografías sobre Jacomart (1913), Pereda (1916), Bermejo (1926), el hermano Bautista (1928), Fray Juan Ricci (1930) y Rodrigo de Osona (1933). Tuve el honor de que D. Elías me pidiera mi colaboración en las dos últimas.

Su condición de vocacional viajero que anotaba lo que veía y lo relacionaba, en intento clasificatorio y valorativo, con lo que guardaba ya su memoria, le llevó a un proyecto de realizar un inventario itinerante de la riqueza artística de España, siguiendo los ejemplos de Ponz (un Ponz como el siglo XX lo exigía) o el de Burkhardt, realizado respecto del arte italiano. Precursoras fueron las notas de excursiones publicadas en los Boletines de las sociedades castellana y española durante muchos años, y sobre todo las concisas y utilísimas *Guías excursionistas* de las ciudades monumentales próximas a Madrid. Surgió así la idea de las guías artísticas de España por regiones (tan familiares para él las extranjeras, siempre lamentando su falta en España), que inició con la *Guía de Levante* (1923), y que con la ayuda del primer organismo dedicado al turismo en España pensó extender a toda ella. No lo pensó; preparó el trabajo para una guía de toda la Península con colaboradores; el Sr. Angulo fue atraído por él a la idea de preparar la *Guía de Andalucía*, y yo mismo y otros antiguos alumnos le ayudamos en una *Guía de Madrid* y el *Centro de España*. Llegó a haber volúmenes casi enteramente redactados y próximos a la publicación. Era esto en los últimos años de la dictadura. La República cortó la pequeña subvención que le ayudaba a preparar sus viajes y a indemnizar a colaboradores y mecanógrafos por el mezquino criterio de ver en Tormo sólo un ex ministro de la Monarquía y no un sabio que estaba prestando un eminente servicio a España. Al cortar aquellos políticos, con evidente ceguera, la utilísima iniciativa que hubiera provisto

tegridad (4) y rectitud en el confuso panorama de la picaresca hispánica, siempre pronta a reverdecer parásitamente. Vocación y modestia fueron las normas de esa generación. No se apartó de ellas D. Elías Tormo, quien fue un maestro lleno de entusiasmo por la enseñanza, por la transmisión de sus saberes, consciente además de la necesidad de estimular la investigación del amplio campo de la historia del arte en España.

Para todo ello eran necesarias disciplina y rigor. Catedrático del Doctorado, imponía a sus estudiantes la obligación de realizar un trabajo de aportación personal, que era preciso tener presentado y aprobado para obtener calificación, lo que produjo, sólo en su clase, un acervo de notables contribuciones a la historia de nuestro arte. Y cuando fue decano de la Facultad dictó disposiciones para que las tesis doctorales fueran serios trabajos elaborados científicamente, verdaderos libros solventes y no cua-

---

a nuestro país de una serie de tomos, parecidos a la *Guía de Levante*, dedicados a todas las regiones españolas hicieron un mal servicio a nuestro país. Tormo, irritado de la mezquindad de visión que suponía en los gobernantes de entonces la yugulación de su proyecto, sufrió una decepción tremenda, hasta el punto de hacer voto de no dedicarse más al arte español. Fuera de los informes académicos que se le encargaban —en la Historia y en Bellas Artes— no trabajó más en arte español y ello explica que sus más importantes estudios de la última parte de su vida estén dedicados al arte clásico, italiano o flamenco. (*Encomio de las musas de Cristina de Suecia*, 1936; *Os desenhos das antiguallas de Francisco de Holanda*, 1940; *El centenario de Van Dyck*, 1941; *Los Botticellis de España* y el gran libro de los *Monumentos españoles en Roma*, 1942; sus estudios sobre *Laborde*, 1943; *Teodosio*, 1943; el *P. Chacón*, 1942; *Hübner*, 1948; *Hadriano*, 1949, y otros trabajos semejantes a estos cinco últimos de los que luego hablaremos.)

Remito al lector a la bibliografía publicada tras la necrología de Sánchez Cantón en el *Boletín* de la Academia de la Historia, que creo podría adicionarse con algún trabajo que no aparece allí recogido. Se me permitirá decir con emoción de discípulo que el último trabajo que en la bibliografía de Cantón se consigna es precisamente la contestación a mi discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1951), última actuación que Don Elías hubo de tener en público.

(4) En la generación de D. Elías, en toda Europa, abundó el tipo del profesor, director de museo o estudioso de arte que utilizó su saber en conexión con el comercio y los marchantes, en los expertizajes pagados de las obras de arte. Pocos, incluso de los más sabios, se libraron de esta contaminación; D. Elías, con insobornable criterio y rectitud ejemplar, rechazó siempre esta infección comercialista, censuró expresa o calladamente esta servidumbre de los sabios al dinero y fue doctrina que inculcó firmemente en sus más próximos y fieles discípulos. No hay que olvidar, hoy que tan confundidas y revueltas andan las cosas, este rasgo peculiar de la integridad de D. Elías Tormo, que hubiera fácilmente podido conquistar una fortuna si hubiera sido menos riguroso de criterio moral en este campo.

dernitos de documentos o resúmenes de libros ajenos, sin esfuerzo original valioso.

Ese rigor que él pedía a los demás lo tenía, en primer lugar, para sí mismo. Vamos perdiendo ya la idea, a fuerza de aflojarse los tornillos de tantas cosas, de lo que era una personalidad como la de D. Elías Tormo. Tormo era la rectitud llevada hasta el escrúpulo, el desdén del dinero o del lucro, la entrega voluntaria al trabajo desinteresado, apasionante, la aceptación de un régimen de vida que llegaba a las lindes de lo ascético. Todo ello, encarnado en su severa figura que tanto recordaba algún personaje del *Greco,* era, hasta físicamente, un ejemplo de autodisciplina, de rigor, frente a la laxa condición, el despreocupado arribismo o la moral acomodaticia que tanto imperan en el mundo. No le preocupaba —y antes bien creo que contribuyó a cultivarla— una cierta fama de hosquedad o de extravagancia que le rodeó y que le divertía porque no cortejó nunca la popularidad. Viudo en plena juventud y con numerosa familia, la vida le puso a prueba con duros casos que él soportó y conllevó con ejemplar estoicismo. Ignoraban muchos su intimidad, su cristiana existencia privada, que solía aislar cuidadosamente de su vida pública de profesor, académico o político. Cuando esa barrera se abría para algunos elegidos mostraba, rica y sencilla, su cordial humanidad, su sentido del humor, su lado patriarcal y bondadoso. Llegaban a percibirlo también sus estudiantes, al menos en los años en que yo estuve cerca de él, desde 1926 hasta su extrema vejez, los alumnos y alumnas que le rodeaban en conferencias o excursiones universitarias o libres. He recorrido varias veces España a su lado y he cumplido con él largas jornadas fuera de nuestro país también y puedo dar fe de la familiaridad y el ingenio cordial que derrochaba con sus alumnos; en el viaje se borraban distancias y desaparecían formalismos. Era otro D. Elías que no olvidarán centenares de estudiantes que fueron sus alumnos y que sin duda cuentan aquellas horas entre las mejores de su vida.

Incansable, ya de avanzada edad, aún fatigaba a sus jóvenes acompañantes. Inagotable era su curiosidad visual; todo le interesaba: monumentos, obras de arte, paisajes, rincones urbanos, costumbres o fiestas

populares. Todo lo anotaba minuciosamente, impresionísticamente, con su letra clara y diminuta, en innumerables cuadernos de tapa de hule negro que guardaba clasificados. Todo lo atesoraba y todo lo transmitía; él, callado y retraído en su vida diaria, no cesaba de comunicar su saber —de cosas, de sucesos, de historias, de personas— en conversaciones inagotables, a veces mantenidas en el asiento de un tren mientras el amanecer anunciaba sus primeras claridades por las ventanillas del vagón. Había viajado más que ningún otro historiador del arte español hasta su tiempo. Sabía Italia como pocos, y todos los museos de Europa los tenía al dedillo, desde Inglaterra o Francia hasta Rusia y Rumania (5). Modificando el dicho latino, repetía siempre para justificar su afán peregrinante: "Vivir no es necesario, pero viajar es necesario." Creo que es en ello en lo que he sido más fiel a las enseñanzas del maestro.

Cuando exponía, de palabra o por escrito, no se permitía esos abreviados escorzos que en muchas prosas correctas nos sustraen las fuentes y los matices de la información o del juicio. Lo quería decir todo sin re-

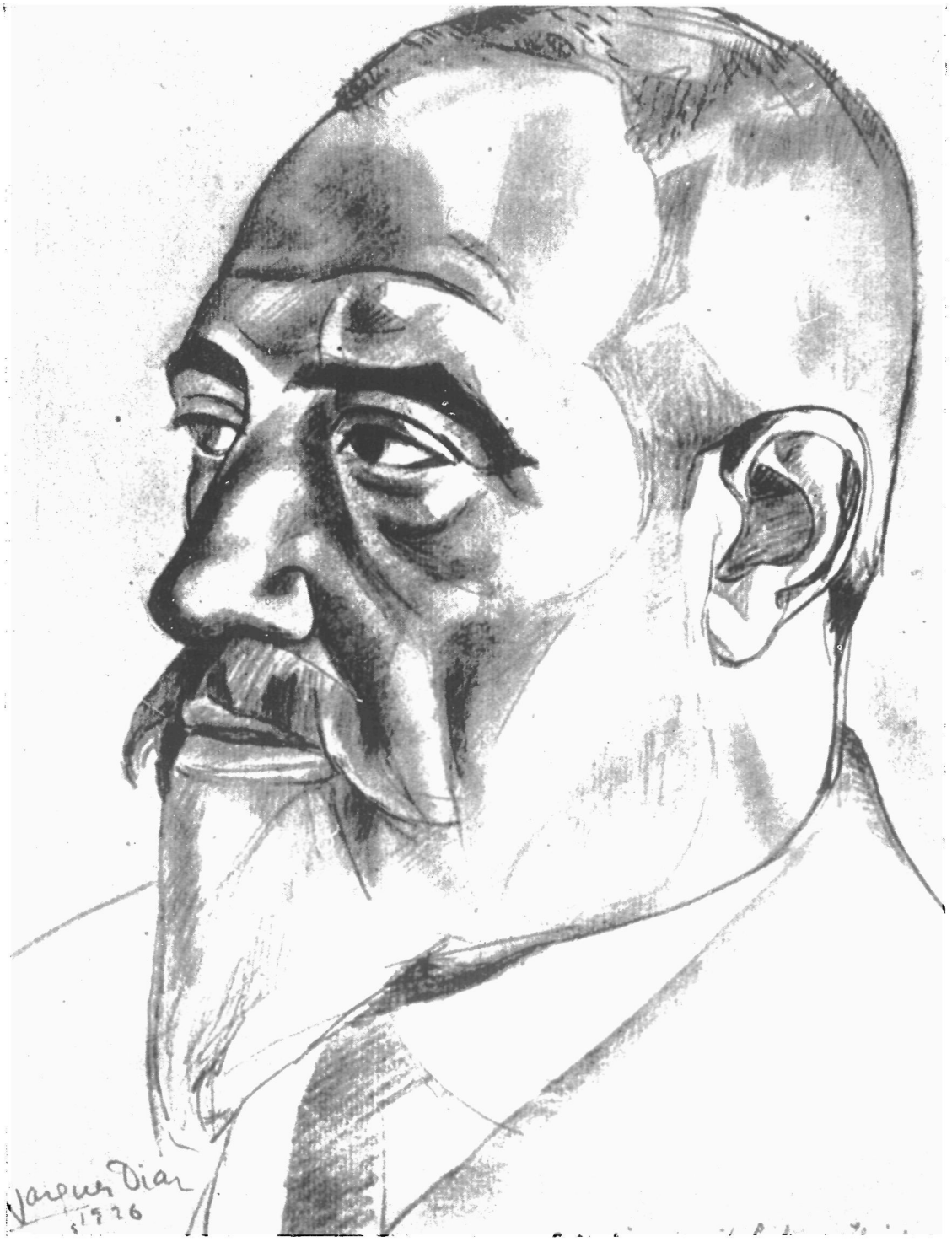
(5) En los últimos años de su vida activa volvió a frecuentar intensamente Italia, en la que pasaba, solo, veranos enteros; así como los países del Próximo Oriente, a los que hizo, creo yo, al menos tres viajes (Grecia, Asia Menor y Tierra Santa). En uno de ellos, el más completo, organizado por D. Manuel García Morente (que había sido subsecretario con Tormo en su breve etapa de ministro en 1930), también le acompañé como profesor auxiliar de su cátedra, recorriendo Túnez, Malta, parte de Italia, Grecia, Turquía, Asia Menor, Palestina y Egipto. En 1934 repitió la excursión a Grecia con los alumnos de la Facultad de Letras de Valladolid, dirigidos por D. Cayetano de Mergelina, mi fallecido amigo. Fue entonces cuando llevaron a Fodéle, creída entonces posible patria del *Greco*, un monumento a Theotocópuli encargado a Benlliure y regalado por el gran escultor, paisano y amigo de D. Elías, a quien efigió también en un busto en bronce que su familia conserva.

Para la iconografía de D. Elías Tormo añadiré que sus habituales oyentes libres —ya jubilado como profesor— le hicieron el homenaje de una medalla en bronce que realizó nuestro compañero el insigne escultor D. Enrique Pérez Comendador, quien conserva el barro cocido original con el retrato del maestro y del que se fundieron tres ejemplares en bronce: uno que regaló el propio Pérez Comendador al Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, otro que me ofreció a mí como discípulo del maestro y otro que conserva su hija Adelina. También nuestro recién fallecido compañero el gran pintor Daniel Vázquez Díaz le pintó un excelente retrato al óleo, de gran carácter, que la familia del pintor ha donado recientemente al Museo de la Academia. Para la cabeza hizo Daniel un magnífico dibujo, cuya reproducción se publica aquí, así como el óleo, donado ya definitivamente a la Academia cuando corrijo estas pruebas. También en sus últimos años le pintó un busto el entonces Director del Museo del Prado, D. Fernando Alvarez de Sotomayor.

servas, ni aun las de sus propias dudas, con exactitud y detalle copiosos, sin importarle la elegancia de la frase ni los requilorios de la retórica. Estilo, sí lo tenía, y bien personal, un estilo que tuvo también su leyenda. Era un estilo que se adaptaba como un guante a la anfractuosidades de su voluntad expresiva, estilo complicado, barroco si queréis, pero no de un barroquismo decorativo o pomposo, sino magro, exacto, gustoso en reproducir las volutas del propio pensamiento, las ondulaciones de su proceso mental. Podía hacerse una prueba decisiva: oírle leer —leía muy bien— su propia prosa. Entonces lo complicado parecía claro, rico, incisivo, muchas veces irónico y bien humorado, fluyente. Aún recordamos algunos como pieza maestra la lectura en esta Academia del discurso con que contestaba al ingreso de D. Juan Allende-Salazar; fue un modelo de retrato afectuoso, admirativo homenaje y vejamen benévolo, todo en una pieza, pero matizadísimo, lleno de humor.

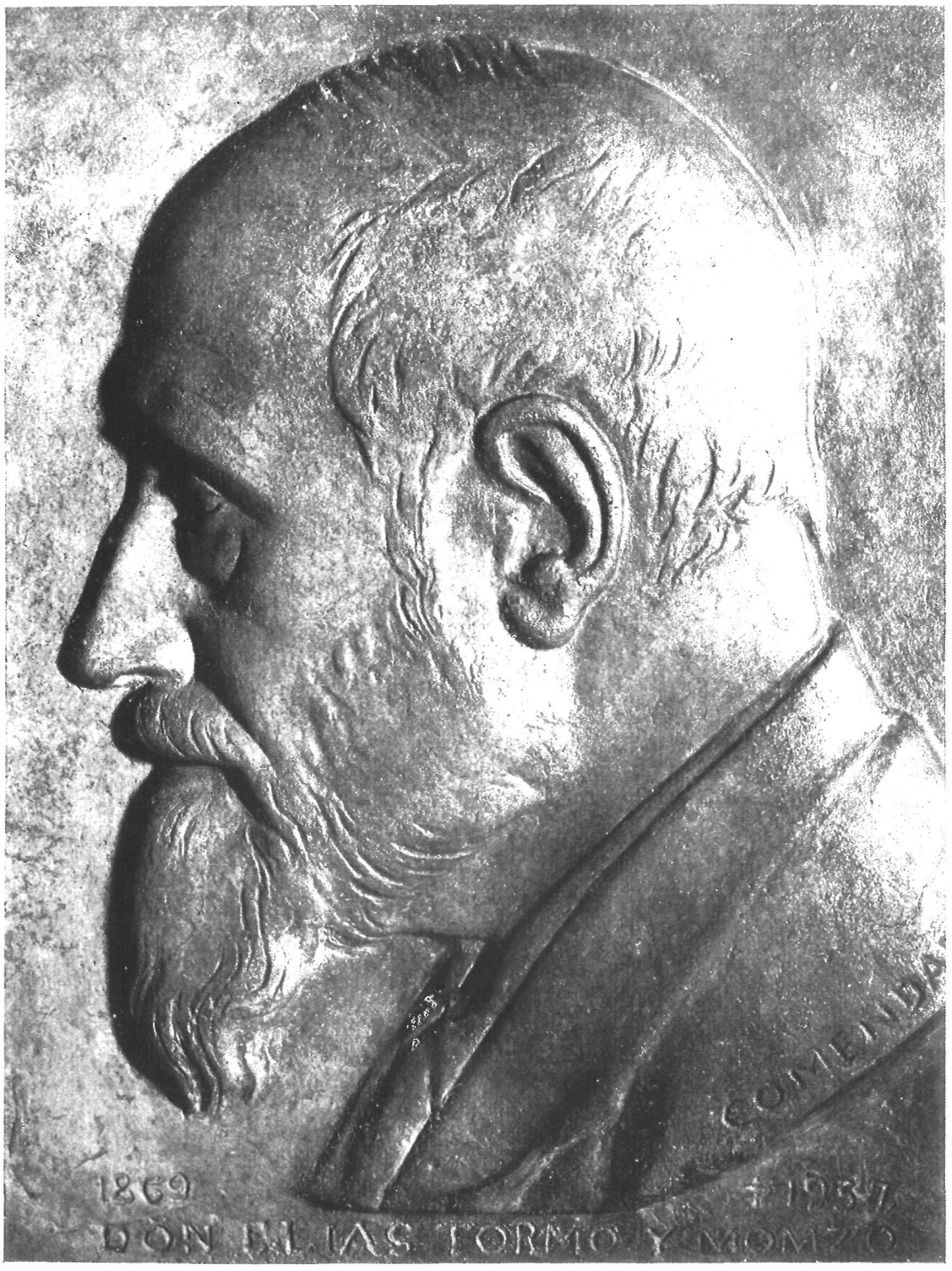
Si quiero evocar su personalidad y su carácter es inevitable señalar, ante todo, su integridad sin compromiso, su sinceridad intachable, su valor cívico. Hombre político, abogado en el bufete de Maura y profesor de sus hijos, señalado varias veces como ministrable, cuando se avecinaba una crisis se marchaba de viaje o dejaba de hacerse presente en sus círculos habituales para que no se interpretase su mera presencia como oficiosidad solicitante. Su respeto y fidelidad por D. Antonio Maura, su lealtad monárquica o su devoción religiosa no le coartaron nunca para hacer llegar su opinión sincera o su honrado consejo a las más altas jerarquías aun sabiendo que sus ideas podían no ser gratas. Maurista convencido, hizo llegar a los gobernantes de 1909 su profunda convicción de que la pena capital para Francisco Ferrer era, por lo menos, un error político que traería graves complicaciones a España y al partido conservador. Los hechos le dieron la razón (6). Como político, como rector universitario y como monárquico creyó siempre que la convivencia y la tolerancia eran

(6) La reciente tesis doctoral de mi buena amiga la profesora norteamericana Joan Connaly (*The Tragic Week*, Harvard University Press) confirma que la condena de Ferrer fue, además, un error judicial por falta de pruebas suficientes, cometido, sin duda, por la fatal doctrina de la *ejemplaridad*.



El querido amigo Lafuente Ferrari
un recuerdo fervoroso

DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ
Dibujo preparatorio para el retrato de D. Elías Tormo. 1926.



ENRIQUE PÉREZ COMENDADOR

Relieve en bronce de D. Elías Tormo. Plaqueta para la medalla que le fue ofrecida por los oyentes de sus conferencias en el Museo del Prado

las mejores fórmulas de gobierno. Siempre pensó que la supuesta ejemplaridad de los castigos no hace sino abrir abismos que la sangre no puede cegar. Una biografía circunstanciada de Tormo encontraría repetidos momentos decisivos de nuestra historia contemporánea en que quiso persuadir a los gobernantes de esta convicción suya. No le escucharon (7).

Pero él no buscaba la popularidad por la derecha ni por la izquierda y seguía solo, con la frente alta, sin preocuparle otra cosa que la verdad.

Del folleto que publicó —y es ya muy raro— sobre su gestión como rector de la Universidad en la época de las revueltas finales de la dictadura son las ejemplares palabras que copio y que dirigió a un ministro de Instrucción Pública: "Decir la verdad y aconsejar sin miedo es deber de toda autoridad, y entiendo que es servicio positivo para quienes en las alturas están agobiados por las lisonjas..." Magistral doctrina poco seguida por desgracia. "Yo no tengo respetos humanos", decía con frecuencia al tratar estos temas. También en esto he tratado de imitarle.

Ferviente católico, devoto sincero —y pienso cuán entusiasta hubiera sido de Juan XXIII y de la vía postconciliar—, no rehuyó temas arduos cuando de la verdad histórica se trataba (8), como no esquivó situaciones personales delicadas cuando había que defender el patrimonio artístico

---

(7) No hablo a humo de pajas. El propio Tormo se opuso a las sanciones universitarias que hicieron perder su carrera, a punto de terminarla, al presidente de la Federación de Estudiantes José M.ª Sbert, cabeza de los movimientos universitarios contra la dictadura, así como a las medidas que hicieron renunciar entonces a sus cátedras a Ortega y Gasset, Jiménez de Asúa y Sánchez-Román. Consta impreso en el escrito de D. Elías Tormo titulado *De mi rectorado. Cuatro papeles.* Madrid, 1930. Como me consta, y la historia lo registra, que votó en el Consejo de Ministros contra el fusilamiento de Galán y García Hernández a raíz de la sublevación de Jaca, bajo el gobierno de Berenguer. Don Elías, humano, cristiano y político a la vez, no creía en las ejemplaridades sangrientas.

(8) Su respeto a la verdad histórica y su sinceridad eran tan grandes que su religiosidad y sus arraigadas convicciones política no le vedaron abordar algunos muy delicados temas históricos, especialmente en los años finales de su actividad intelectual, en trabajos leídos en la Academia de la Historia. Espíritu liberal, para él no había tabús en la historia de España ni en la historia de la Iglesia; callar sus convicciones le hubiera parecido una hipocresía, harto frecuente en los que creen que ciertas verdades son peligrosas. Pondré como ejemplo sus escritos: *La tragedia del Príncipe Don Carlos...* (1943), *Maximiliano, un heterodoxo desconocido de Menéndez Pelayo* (1942) y, sobre todo, *Las grandes falsedades de la historia. La «Donatio» de Constantino* (1943).

de España frente a los príncipes de la Iglesia. Oportuno es recordar aquí, donde tantas veces tenemos que ocuparnos de ingratos temas análogos, con qué energía y dignidad defendió el fuero de la Academia de San Fernando, mancillado hoy a diario por cualquier Poncio provinciano, ante una alta jerarquía eclesiástica, haciendo valer los derechos de la historia y de las generaciones futuras a la conservación respetuosa de los tesoros artísticos. Es doctrina válida y viva, formulada insuperablemente y a cuyos sólidos fundamentos debemos recurrir en ocasiones semejantes.

"La Iglesia —escribía D. Elías Tormo—, como la nación, como una gran ciudad, a través del curso de los años y de los siglos, están... representados por los que viven, pero no son, no se integran con sólo los que viven, y éstos, la generación actual, tienen que mirar atrás y adelante, y la que destruye la obra de ayer se expone ante las generaciones de mañana, las cuales tendrán derecho a pedir cuentas, con castigo de execración, a quienes... dejaron de consultar adecuadamente y de pesar bien pesadas las opiniones y las razones singularmente, antes de hacer lo irreparable, antes de destruir la obra testimonio vivo de una generación anterior" (9).

No está muerto, no, el espíritu que escribió estas palabras, que podrían servir de lema tantas veces a nuestros trabajos y resoluciones; y así, dejando de lado tantos recuerdos afectivos y tantas nostalgias de su magisterio, he deseado hoy limitarme a evocar algunas de las más excelsas virtudes de mi maestro cuyo centenario hoy conmemoramos: su humanidad, su tolerancia, su amor a la verdad y su valor cívico, tan raro entre nosotros.

---

(9) «Carta sobre el patrimonio artístico nacional al Emmo. Cardenal Arzobispo de Granada, 30 de octubre de 1929», publicado en *La Epoca* del 4 de noviembre de 1929 e impreso aparte. Recordaré que este texto fue leído y aprobado por la Real Academia de Bellas Artes en sesión del 4 de noviembre del mismo año.